

Un hombre del norte

Editorial Belvedere

ARNOLD BENNETT

Un hombre del norte

Traducción de Ricardo Bestué



**Editorial  
Belvedere**

Título original: *A Man From the North*

Primera edición: febrero 2017

© de la traducción: Ricardo Bestué  
Traducción realizada a partir de la edición de  
Hamish Hamilton Ltd., ISBN 0-241-02375-0

© de la presente edición:  
Editorial Belvedere, S. L.  
Sociedad Unipersonal  
Apartado de Correos 7191  
28012 Madrid

E-mail: [info@editorialbelvedere.com](mailto:info@editorialbelvedere.com)

Página web: [www.editorialbelvedere.com](http://www.editorialbelvedere.com)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-937947-7-4

Depósito Legal: M-5262-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

Fotocomposición e impresión:

Imprenta Taravilla, S. L.

Mesón de Paños, 6

28013 Madrid

UN HOMBRE DEL NORTE

Editorial Belvedere

*Al que más honro*

Editorial Belvedere

# 1

En el norte del país crece cierto tipo de joven de quien se dice que ha nacido para ser londinense. La metrópolis y todo lo que guarde relación con ella, que provenga de ella o que se dirija hacia ella, ejerce sobre él una fascinación imperiosa. Mucho antes de terminar el colegio aprende a experimentar un melancólico placer al ver partir el tren de Londres desde la estación. Se pone al lado de la locomotora candente y envidia al mismísimo fogoneero. Cuando mira el interior de los vagones con curiosidad se maravilla de que esos hombres y mujeres, que en pocas horas estarán pisando calles llamadas Piccadilly y Strand, puedan contemplar el futuro inmediato con aparente gran calma; algunos de ellos tienen incluso la osadía de parecer aburridos. Le resulta difícil no lanzarse al interior del furgón de cola del jefe de tren cuando pasa por delante; y no deja de mirar hasta que el último vagón se ve como un punto lejano y, saludando distraídamente con la cabeza al taquillero, que le conoce bien, regresa a casa para abrigar una vaga ambición y anhelo de Ciudad.

Londres es el lugar donde se editan los periódicos, se escriben los libros y se representan las obras de teatro. Y este joven, que ahora se sienta en una oficina, lee todos los periódicos. Sabe perfectamente cuándo debería estrenarse una obra nueva de un afamado autor, y espera las reseñas con impaciencia. Puede citar sin pensárselo dos veces los títulos de las obras de los programas

de los veinte teatros principales del West End, qué calidad tienen, y el tiempo que se supone que van a estar en cartel; y sobre la puesta en escena de una nueva obra, los artículos de los críticos teatrales le proporcionan unas sensaciones casi tan intensas como las del más entusiasta estrenista en plena representación.

Tarde o temprano, puede que a través de caminos dolorosos, llegue a la meta deseada. Londres le acepta... en período de pruebas; y esta le degrada según la fortaleza que tenga. Si se le permite ser audaz y decidido, la ciudad le rendirá homenaje, pero su talón está totalmente preparado para aplastar al cobarde y al indeciso; y sus víctimas, una vez bajo sus pies, no suelen volver a levantarse.

El viejo carruaje de cuatro ruedas, demasiado pesado debido al equipaje que llevaba en la baca, se balanceaba con inseguridad por Tattersall's y Raphael Street. Richard bajó la ventanilla de un golpe seco, indicio de una extraña y nueva sensación de poder; pero antes de que el cabriolé llegara a la parada ya se había tranquilizado, por lo que se las apañó para bajar con considerable decoro. Cuando se abrió la puerta en respuesta a su segunda llamada al timbre, salió un ligero y agrio mal olor de la casa que le recordaba a las amistosas advertencias femeninas que había recibido en Bursley en lo que al alojamiento de Londres se refería. Sin embargo, el aspecto de la casera le tranquilizó; era una anciana diminuta que vestía unas faldas ridículamente cortas, de tez amarillenta y arrugada, ojos grises, y una sonrisa amable y bondadosa que seducía. Cuando saludó a Richard se ruborizó como una jovencita, y le hizo una pequeña reverencia pasada de moda. Richard le tendió la mano y ella, después de secársela en un delantal limpio, la cogió con timidez.

—Espero que nos entendamos, señor —dijo, mirando directamente a los ojos de su nuevo inquilino.

—Estoy seguro de que sí —replicó Richard con sinceridad. Ella le precedió al subir las estrechas y sucias escaleras, que estaban llenas de giros sorprendentes.

—Al principio encontrará las escaleras un poco incómodas



—se disculpó—. He pensado muchas veces en poner una alfombra bonita, pero ¿para qué? Se estropearía en una semana. Bueno, aquí está su habitación, señor, primera planta exterior, con dos preciosas contraventanas, como podrá ver, y un bonito balcón. En cuanto a hacer la habitación por la mañana, señor, si nada más levantarse sale a dar un paseo, mi hija le hará la cama, quitará el polvo y cuando vuelva lo encontrará todo perfectamente ordenado para el desayuno.

—Muy bien —asintió Richard.

—Así es como habitualmente me pongo de acuerdo con mis chicos. Me gusta que desayunen en una habitación pulcra y bonita, como podrá ver, señor. Dígame, ¿qué querrá a la hora del té? Un rico pan con mantequilla...

Cuando se fue, Richard examinó formalmente su cuartel: una habitación alargada, más bien de techo bajo, cuya longitud estaba dividida por las dos ventanas que eran el orgullo particular de la señora Rowbotham; entre ventana y ventana había una mesa con un mantel verde descolorido y una pequeña cama enfrente; detrás de la puerta había un lavamanos ingeniosamente oculto; la repisa de la chimenea, pintada de color mostaza, sostenía varias figuras de cerámica en cuclillas, y estaba presidida por un espejo oblongo con un marco de palisandro; sobre el espejo había un texto coloreado que rezaba: «Confía en Jesús», y sobre el texto, una oleografía, rozando el techo, titulada: *Tras la Batalla de Culloden*. Las paredes estaban empapeladas con un estampado de rosas gigantes; y por todas partes, ocultando las rosas, había fotografías colgadas de personas con la ropa de los domingos y paisajes pintados al óleo que representaban puentes, árboles, mares y veleros vistos de lejos. Pero el mobiliario de la habitación no provocaba en Richard ningún desasosiego; al poco rato ya había organizado mentalmente cómo hacer la habitación habitable, y desde entonces solo veía lo que debería ser y acabaría siendo.

Una chica cuyo rostro la delataba como la hija de la señora Rowbotham trajo el té. Al verla Richard le guiñó el ojo con confianza; en los libros había leído cosas sobre las hijas de las caseras, pero esta lo desmentía todo; era joven, guapa, y Richard

hubiese jurado que inocente. Con un acceso de atrevimiento que le sorprendió a él mismo, le preguntó cómo se llamaba.

—Lily, señor —respondió ella, ruborizándose como su madre.

Cortó el abundante pan recién hecho y se sirvió una taza de té con la torpeza de alguien que no está acostumbrado a hacerlo, y, después de haber hecho espacio en la bandeja, apoyó el periódico vespertino en el azucarero y empezó a desayunar y a leer. En la calle había dos organillos, niños gritando y un hombre soltando algún monótono e ininteligible discurso. Anochece; la señora Rowbotham entró con una lámpara y despejó la mesa; Richard estaba mirando por la ventana y no dijo nada. Enseguida se sentó. Como aquella era su primera noche en Londres decidió pasarla tranquilamente *en casa*. Los organillos y los niños seguían haciendo ruido. Por un momento le sobrevino una sensación extraña de aislamiento mientras los ruidos de la calle parecían disminuir. Luego se volvió a acercarse a la ventana y vio que los niños estaban bailando con bastante gracia; se le ocurrió pensar que a lo mejor eran niños de un *ballet*. Cogió el periódico y echó un vistazo a la cartelera de teatro, al principio distraídamente y luego al detalle.

Con un largo suspiro, cogió su sombrero y su bastón, y bajó lentamente las escaleras. La señora Rowbotham oyó cómo cogía el pestillo de la puerta de la calle con torpeza.

—¿Va a salir, señor?

—Solo a dar un paseo —contestó Richard, despreocupadamente.

—Será mejor que le dé una llave.

—Gracias.

Al poco rato estaba en las apasionantes calles, en dirección este.